

Construcción del extranjero en la Francia urbana*

GÉRARD ALTHABE**

El artículo encuadra el ascenso de la xenofobia en Francia en el marco del aumento del desempleo y de la precariedad laboral que representan los efectos de la crisis económica y social que afectó al país a partir de los años setenta. Se analiza el surgimiento y el establecimiento de la xenofobia en los ochenta mediante un enfoque que privilegia el estudio de la población que se considera como "autóctona" y que, por lo tanto, es autora y portadora del discurso xenófobo. El autor considera las formas como este discurso cobra vida y se estructura a partir de la realidad de la cohabitación de sujetos de distinto origen nacional o étnico en el marco de la sociedad urbana contemporánea. La atención del autor se concentra sobre el proceso de producción del otro en tanto que extranjero, que apunta a excluir de la sociabilidad cotidiana a los sujetos considerados como alógenos, estigmatizándolos como los responsables de un malestar cuyo origen es en realidad interno a la sociedad francesa.

Palabras clave: extranjero, migración, xenofobia, racismo, antropología urbana.

Partir de los autóctonos

Parece evidente que el análisis de la xenofobia hay que llevarlo a cabo a partir de la población que se considera como "autóctona" y no sobre aquella, alógena, que la xenofobia toma como blanco. Sin embargo, la casi totalidad de las investigaciones se refiere a los extranjeros, de los cuales se estudian las trayectorias biográficas y los movimientos de inserción. En favor de los programas puestos en marcha por las administraciones, se debe decir que los investigadores involucrados son a menudo especialistas de las áreas etnoculturales de donde los alógenos son originarios (los tres países del Magreb, las Antillas, el sudeste asiático, África Occidental). La población autóctona no cabe en esos trabajos más que por el sesgo de los datos reunidos por los sondeos, cuyo valor indicativo es del todo insuficiente.

La otra aproximación consiste entonces en colocar esa cuestión en el campo de los intercambios de la vida cotidiana. A partir de allí, se puede definir el objeto de investigación como *la producción del otro en tanto que extranjero*, realizada mediante una categorización que apunta, precisamente, a excluirlo de esos intercambios. Ésta opera en los intercambios en los ámbitos de la población autóctona para la cual es una referencia común y estructura el encuentro con la población de los alógenos, que estigmatiza como extranjeros. En un segundo tiempo se puede desplazar la investigación hacia estos últimos y analizar sus respuestas a esta práctica. De manera general, es posible establecer una correlación entre el ascenso de la xenofobia y el aumento, desde 1975, de los efectos de la crisis económica y social, una crisis de la que el país creía haber salido en los años anteriores.

* Artículo recibido el 20/05/03 y aceptado el 30/05/03. Traducido por Angela Giglia y Adriana Aguayo del Acta del Coloquio de *Tours L'Europe entre cultures et nations*, 1993, bajo la dirección de Daniel Fabre.

** Director de Estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Ciencias Sociales, París, Centro de Estudios sobre los Mundos Contemporáneos. Correo electrónico: camc@ehess.fr

Urbanización y ascenso social

El poderoso movimiento de desarrollo económico y social iniciado en los años cincuenta y continuado durante tres décadas, conocidas como los “treinta gloriosos”, produjo en Francia las periferias urbanas. Se sabe que ese movimiento se tradujo en una urbanización generalizada y en el encuentro, en esas periferias, de los últimos campesinos en abandonar los campos y de las capas medias y subalternas de la población urbana, expulsadas de los centros ciudadanos. En las trayectorias personales y familiares esta urbanización se asocia con un ascenso social, un alejamiento de la pobreza, con sus dos componentes que son la precariedad material y las dependencias interpersonales. Ese modelo aparece en los relatos biográficos que mencionan a la vez el distanciamiento respecto a los padres (el presente contexto contrasta fuertemente con el de la infancia) y la promoción familiar, garantizada por la escolarización de los niños, vector de un anclaje en el futuro. Este ascenso ligado a la urbanización se puede ver también en la correlación entre esos relatos biográficos familiares y los datos estadísticos sobre el consumo y los recursos domésticos.

Ya hemos mostrado cómo este ascenso social, de carácter excepcionalmente masivo, se manifiesta en los intercambios cotidianos, en esos inmuebles y en esos barrios nuevos surgidos en las periferias de las grandes ciudades. Sin embargo, por generalizado que haya sido este proceso, una minoría de familias ha sido dejada de lado. De tal suerte que, en cada inmueble, calle o ciudad, existe una escisión entre la gran mayoría involucrada en la escalada social y esta minoría desprovista de toda estabilidad profesional, y obligada, para sobrevivir, a recurrir a diversas modalidades de asistencia. Esas familias representan la población con la que tratan habitualmente los trabajadores sociales, esos agentes de la autoridad exterior que justifican su intervención en el dominio privado mediante la necesidad de proteger la infancia y de acompañar pedagógicamente a esas familias con el fin de que, saliendo de su situación considerada como accidental, puedan alcanzar a la mayoría sobre el camino de la promoción.

Esas minorías (cuya importancia cuantitativa es variable localmente) ocupan un lugar central en los juegos de comunicación que operan en ese nuevo mar-

co de vida: son producidas como *actores simbólicos*¹ fijados en los polos negativos frente a los cuales los intercambios sirven esencialmente para construir la diferencia y la distancia. Si es el marco lo que da sentido a los intercambios de la vida cotidiana, esas minorías son la referencia central en este marco.

Una escisión entre los autóctonos

Los modos de comunicación desarrollados en esos territorios urbanos se caracterizan por un cierto número de aspectos. El modo de reproducción de las normas consiste aquí en fijar fuera del espacio de comunicación a aquellos que cristalizan la transgresión de esas normas y en diferenciarse de esos actores estigmatizados a través de la edificación de una frontera simbólica, que forzosamente es muy precaria.

El ser objeto de la atención de los trabajadores sociales es suficiente para encerrar a las familias interesadas en su rol de actores simbólicos. Aún cuando el control social se ejerce sin intervención directa dentro de la familia, ese modo de intervención se enfoca en general sobre una población numéricamente débil, pero bastante bien localizada para que se pueda construir una distancia respecto a todos los que forman parte de ella.

La producción de un grupo restringido de jóvenes (designados como *loubards*) como actores simbólicos permite asignar un lugar a la violencia social. Al apartar a esos jóvenes, se delimita el campo interno de los intercambios. Este proceso se encuentra en todos los niveles de la vida social: rechazando fuera de las fronteras simbólicas aquellos que se estima que son portadores de la violencia, porque infringen las reglas y los códigos, se define el marco de la vida social como aquel donde los intercambios se hacen justamente sobre la base de esas normas establecidas como fundamentos de la convivencia urbana.

La cohabitación con las familias asistidas pone en riesgo el buen desarrollo de los intercambios centrados sobre el tema del ascenso social y material. Eso engendra tensiones que se intentará reabsorber mediante la construcción de esa frontera simbólica más allá de la cual esas familias aisladas habitarán un mundo “otro”. Se terminará por abandonar los inmuebles colectivos en renta para instalarse en lotes de casas individuales don-

¹ La noción de actor simbólico deriva de lo que se puede llamar la comunicación por tercero excluido. Según ese modelo, toda comunicación presupone la existencia de tres elementos: en dos de ellos se opera el intercambio y un tercero, el tercero excluido, ocupa una posición de exterioridad, de mediador. La comunicación se hace entonces en oposición o en referencia a ese tercer término. El actor simbólico así definido puede entonces constituir ya sea un polo positivo, y la comunicación se establece entonces sobre el registro del consenso, de la adhesión, incluso de la identificación; ya sea un polo negativo, y el intercambio se constituye a expensas de ese tercer elemento que pasará de la posición de exterioridad a la de exclusión. Esta posición del tercero excluido negativo es la de los inmigrantes en los territorios urbanos periféricos, y la comunicación

de uno se vuelve propietario a crédito (ese fenómeno es masivo). Las investigaciones efectuadas en esas “nuevas aldeas” muestran que los intercambios se constituyen alrededor de un modo de comunicación que busca, por una parte, rechazar fuera del espacio común todo signo que pueda marcar la presencia de la capa social inferior y, por otra parte, desarrollar la puesta en escena de una pertenencia compartida a la capa social superior.

La figura del trabajador inmigrado

Justo en el periodo en que se establece ese tipo de intercambios, llegan en gran número los llamados trabajadores inmigrados. A principios de los años setenta, quedaban fuera del juego porque la figura del trabajador inmigrado era en esa época la de un hombre solo, de paso, destinado a volver con los suyos, a cuyas necesidades atendía con sus ahorros, conforme a los usos de su comunidad de origen, y para los cuales construiría algún día una casa, signo y factor de promoción social (este es actualmente el caso de los ciudadanos del Mali donde la migración recalca las relaciones sociales constitutivas de la aldea, en el valle del río Senegal).

En esa época, los trabajadores inmigrados no estaban insertos en la sociedad francesa. Su exterioridad era estigmatizada por su residencia en las *bidonvilles* que se consideraban como fragmentos del tercer mundo situados al margen, en las afueras de los asentamientos occidentales (esos territorios habitados por los extranjeros serán, por otra parte, durante el corto periodo que va de 1969 a 1972, los terrenos de intervención privilegiados del militantismo de extrema izquierda surgido en mayo de 1968).

Aunque percibida como algo situado afuera de la sociedad francesa, esta población de inmigrados interviene indirectamente sobre la situación anteriormente descrita. Mantenido en una posición de extranjera, ocupa esencialmente empleos subalternos, descalificados (en la construcción, en la industria fordista) que se convierten, en un espejo, en empleos exteriorizados, por el hecho de que son ocupados por extranjeros. Los trabajadores inmigrados son entonces mantenidos al margen, incluso por la clase obrera, lo cual constituye un punto de tensión dentro de los sindicatos, así como lo es la no representación de otras capas de asalariados (las mujeres, los jóvenes rurales). Esta realidad participa en la producción de nuevos actores simbólicos entre los autóctonos: los “pobres”, quienes están totalmente fuera del trabajo asalariado. El destino de los traba-

jadores inmigrados incide indirectamente en acentuar la separación brutal ya en marcha, en el seno de la población autóctona, entre la mayoría lanzada hacia el ascenso social y la minoría que queda al margen por falta de trabajo.

Los nuevos pobres

Tal es el paisaje donde se inscriben los efectos concretos de la crisis económica, a partir de 1975. El desempleo rebasó a 10% de la población activa y las adquisiciones de la seguridad social, consideradas durante largo tiempo como definitivas, parecen de pronto puestas en riesgo. Todo eso mina las seguridades sobre las cuales se había construido el ascenso social. La configuración simbólica es puesta en duda. Las prácticas de los actores buscan, cueste lo que cueste, escapar a este arrinconamiento fuera del campo de los intercambios en ese polo negativo anteriormente concebido mediante el distanciamiento de las familias asistidas, convertidas en actores simbólicos. Como cada vez más hogares caen en la precariedad material, cada quien tiene que encarar la eventualidad de esta caída. Se comienza a hablar del “nuevo pobre” para definir a ese pobre invisible que puede llegar a ser ¡mi vecino de piso!

Si se sigue la elaboración de las respuestas a la crisis en los intercambios cotidianos, se constata un desplazamiento de los actores simbólicos de la diferencia. Se pasa de las familias asistidas a las familias alogenas, con una focalización particular sobre las familias de origen magrebí. Se asiste entonces a una *etnicización* de la pobreza, mediante la designación en esos términos de aquellos que infringen las normas familiares y hacen uso de la violencia, o sea los delincuentes. Para librarse del polo negativo de los que están fuera del juego del ascenso social se utilizan a partir de este momento características etnoculturales, lo cual permite neutralizar, en el imaginario, la angustia ligada al riesgo de quedar rezagado en la carrera hacia el ascenso social, riesgo debido al aumento del desempleo, y al miedo de tener que regresar hacia el antiguo sistema de dependencias interpersonales.

El fenómeno es de hecho aún más complejo. Esta nueva situación no es suficiente para borrar la antigua escisión indígena entre la mayoría promovida y la minoría dejada de lado, en tanto que la brecha se agrava con el aumento del número de autóctonos pobres. Simplemente se empieza a dar una lectura étnica de este acrecentamiento.

que a su pesar ellos contribuyen a establecer entre los autóctonos, ese consenso que se produce contra ellos, los asigna aún más a una posición de alejamiento, de separación, de relegación a otro mundo.

La necesidad de afirmarse como actor colectivo a través de la identidad etnocultural (especialmente reivindicando la construcción de mezquitas y la planeación de espacios para orar en las fábricas), alimenta y refuerza esta xenofobia. Por el momento, nada parece poder romper este círculo vicioso.

Una crisis urbana

Ampliando el marco de la crisis económica y social, podemos considerar la escalada xenófoba como el síntoma de una crisis más amplia, que calificamos como urbana. Más en general, vale la pena interrogarnos sobre un paisaje social dominado por la producción del actor simbólico fijado al polo negativo, es decir, sobre las modalidades de categorización que buscan producir minorías estigmatizadas por medio de la construcción de una frontera simbólica que marca la diferencia y la distancia.

En las periferias, las relaciones sociales centradas en la exclusión hacen imposible el advenimiento de una sociedad urbana, lo que implicaría necesariamente constituir espacios públicos de comunicación. Ahora bien, la actual ausencia de espacios públicos de comunicación en esos territorios es resultado del fracaso de múltiples intervenciones que han movilizadofuerzas gigantescas. Podemos analizarlas, separando artificialmente tres grandes ámbitos.

En primer lugar, las intervenciones urbanas y arquitectónicas se han alimentado hasta estos últimos años de la ilusión de que la forma dada al marco material de vida (los barrios, las viviendas, los inmuebles) crearía las relaciones sociales como por arte de magia. Se pueden encontrar mil ilustraciones de esta ilusión, desde los fraccionamientos de casas individuales construidas según el modelo del pueblo (el declive de las formas de la centralidad), hasta el caso ejemplar del Sillon de Bratagne, en la periferia de Nantes: una pirámide de 900 departamentos dispuestos de manera tal que no se pueda identificar al vecino, en un ambiente donde se han multiplicado los espacios de pasaje y de encuentro. En los hechos, esos espacios son usados y significados según una lógica de comunicación completamente independiente de la que el proyecto ha buscado inducir, a pesar de la literatura considerable que los urbanistas y arquitectos consagran a ese tema.

En segundo lugar, se tiene que asumir el fracaso de la animación sociocultural intensamente practicada en esas zonas urbanas, tanto por profesionales como por voluntarios, en el marco de los equipamientos construidos o atribuidos a este propósito (centros socioculturales, casas de barrios, casas de jóvenes, entre otros).

Esos proyectos aspiraban a construir una identidad colectiva y permitir su representación. Después de quince años se puede concluir que estas operaciones han sido un fracaso. Las asociaciones han terminado disolviéndose o se han reducido a las dos o tres personas preocupadas por utilizar esta razón social en su relación con la municipalidad.

En tercer lugar, el vacío al que hemos llegado resulta de una transformación de la intervención de las municipalidades ligadas a la izquierda política (recordemos que en 1977, las tres cuartas partes de las ciudades de 100,000 habitantes era socialistas o comunistas). Reubiquémonos en una perspectiva más larga: en los años treinta, verdaderas sociedades urbanas se crearon alrededor de municipalidades de izquierda, cada una con su estilo particular. Los comunistas (sobre todo en las comunas de la periferia parisina) han hecho de su partido político, y de las asociaciones que emanaban de él, el marco mismo de la vida social municipal; los socialistas (por ejemplo en el Norte, alrededor de Lille) hicieron la misma cosa, pero con una red asociativa directamente ligada a la municipalidad más que a su partido. Durante los años sesenta y setenta, ocurre el desmantelamiento de esos dispositivos municipales que no han sabido enfrentarse al crecimiento urbano, a la llegada de una nueva población y a sus recomposiciones sucesivas. Alrededor de 1980, los militantes políticos y las asociaciones desaparecen de esas zonas urbanas.

La rápida evocación de esos tres puntos permite designar uno de los lugares donde la crisis xenófoba debe manifestarse (*dénouer*): es a través de las prácticas culturales, cuya puesta en marcha puede o no involucrar a las municipalidades, que se aspira a crear espacios locales de comunicación sobre la base de la producción de identidades colectivas locales; dicho de otra manera, a la creación de marcos compartidos que favorezcan la negociación y la gestión de la cohabitación interétnica.

El modelo de sociedad en juego

El hecho de que en la sociedad francesa esta importante población alógena esté bloqueada entre dos callejones sin salida, la de la asimilación y la de su reconocimiento como minoría etnocultural, genera una crisis de considerable amplitud que pone en juego el modelo de sociedad. El modelo que prevaleció, desde la Liberación hasta los años ochenta, estaba fundado en una estricta separación entre la esfera privada familiar –donde estaban contenidas todas las manifestaciones de las diferencias etnoculturales, incluso las prácticas religiosas– y la esfera pública, que emanaba de un Estado centra-

lizado, por el cual todos los individuos, formalmente iguales en derechos políticos y sociales, tienen que ver con una misma ley. En este marco constitutivo de la sociedad del territorio francés es donde van a desarrollarse los enfrentamientos políticos y las luchas sociales.

Éste es un modelo poderosamente asimilador, en el cual toda persona asentada en Francia participa, reproduciendo esta separación entre su propia vida privada, a la cual limitará la expresión de sus particularidades etnoculturales, y la vida pública, en la cual no intervendrá más que sobre la base de esa igualdad formal. De esta manera se fusionaron las oleadas sucesivas de migrantes que, desde finales del siglo XIX, han constituido la población francesa (un tercio de los franceses actuales tienen al menos uno de los abuelos nacido en el extranjero). Algunos estudios han evidenciado los vectores y los procesos de esta asimilación (la escuela, las organizaciones políticas y sindicales). Actualmente, este modelo se ha fracturado.

Para empezar, el modelo es puesto en duda por aquellos que reivindican que ciertas prácticas, propias de particularismos etnoculturales y religiosos, sean reconocidas como componentes legítimos del campo público. Entre los opositores a la marginación en la esfera privada de los elementos productores de diferencias incompatibles con la igualdad formal, se cuentan no solamente poblaciones de origen magrebí, sino también poblaciones de origen armenio o judío en vías de organización, así como ciertos movimientos católicos.

Por otra parte, este modelo es fundamentalmente atacado por la extrema derecha política, cuya campaña ideológica encuentra un eco creciente en el conjunto de la población. Esta campaña consiste en “absolutizar” las identidades etnoculturales para reenviarlas al exterior del campo social, y en convertir en extranjeros a todos aquellos que están apegados a esas identidades colectivas. La frontera así construida es interna a la sociedad porque no puede, en ningún caso, referirse a la nacionalidad francesa, que posee la mayor parte de aquellos a quienes se busca estigmatizar. El fin de esta campaña es marginar a una minoría endógena. Así se han intentado crear las condiciones propicias para realizar un programa llamado de “preferencia nacional” (“los franceses primero” en el acceso a la escuela, a los servicios de salud y sociales, a la vivienda, a las prestaciones familiares, etcétera). La puesta en

práctica de tal programa, cuyo impacto demagógico es evidente, significaría destruir los fundamentos mismos de la acción pública.

La producción de un *extranjero interno* aparece finalmente como el resultado de un proceso que empezó durante los años setenta. Dos fenómenos concomitantes se producen entonces: por una parte, la inserción en la sociedad francesa de una población alógena percibida desde entonces como una minoría étnica; por otra parte, una crisis económica que se manifiesta con un desempleo creciente que conlleva la precariedad generalizada del trabajo asalariado. Ahora bien, la actividad laboral era al mismo tiempo el lugar donde ocurría la explotación del trabajador, pero también la fuente de sus identidades individuales y colectivas, y finalmente un poderoso marco simbólico de integración. En el curso de los años ochenta, la sociedad francesa se reorganiza, pero lo hace alrededor de una fractura social, aquella fractura que en pocos años ha separado a los que trabajan de los que se encuentran sin empleo. Poco a poco, a medida que el desempleo toca nuevas generaciones, el marco simbólico anterior de integración mediante el trabajo pierde toda realidad; no es actualmente otra cosa más que un objeto de encantamiento retórico, tanto más inadecuado porque no hace más que acentuar el malestar: ¿de qué sirve continuar pensando que el trabajo constituye la solución, una vez que ésta misma se encuentra fuera de alcance?

La producción del extranjero interno aparece como una respuesta a esta nueva coyuntura. Busca neutralizar la fractura social, la precariedad económica. Constituye en efecto un marco simbólico de sustitución en el cual lo étnico es pensado en lugar de lo social. El otro, el que es colocado del lado malo de la fractura, es entonces producido como otro étnico y uno de los efectos secundarios de ese modo de pensar, es que la pobreza extrema es a su vez considerada como una diferencia etnocultural. Los “sin techo” viven desde entonces en un mundo diferente al nuestro, el de los túneles y la calle, con sus costumbres, sus ritos, su lenguaje, su cultura en suma, que los etnólogos son invitados a observar, a analizar, como han sido otras veces invitados a estudiar las sociedades exóticas, luego los inmigrantes, atrapados en la paradoja de los efectos posibles de su saber, en donde comprender la diferencia es también producirla.